

Capítulo uno

A TRAVÉS DE LA TORMENTA

Una noche, ya tarde, sonó nuestro teléfono. Era una de esas llamadas tan inesperadas que la posibilidad de malas noticias atraviesa rápidamente el pensamiento. Respondí y escuché la voz de mi suegra e inmediatamente supe que algo andaba muy mal.

La hermana de mi esposa y su familia iban de Oklahoma a Colorado a pasar una vacaciones de invierno. En un tramo solitario de la autopista, en una intersección, un tráiler de dieciocho ruedas chocó con el costado de su vehículo. Tres de los hijos de Susan y Craig Phelps fueron seriamente heridos. Pero cuando Craig llegó a donde estaba Jeremy, su hijo mayor, rápidamente se dio cuenta que su cuerpo ya no tenía vida.

En un abrir y cerrar de ojos, su primogénito les fue arrebatado.

Literalmente en cuestión de segundos, una familia unida, feliz, en camino a una semana de diversión y descanso en las montañas fue lanzada a un mar de sufrimiento y la vida nunca volvería a ser la misma.

SENDAS DIOS HARÁ

Uno nunca puede estar preparado para esos momentos. Le extraen la vida como un puñetazo en el estómago y puede tomar años sentir que por lo menos puede respirar otra vez. Cada día se vuelve un esfuerzo por no ahogarse en su propia tristeza.

Mi reacción inmediata, al escuchar la noticia, fue querer hacer algo, *lo que fuera*. Sin embargo, durante toda mi vida, nunca me había sentido tan impotente. Nuestros amados familiares estaban solos, a cientos de kilómetros de distancia, en otro estado, lanzados repentinamente a una agonía y soportándola más allá de lo que pudiéramos imaginar.

Todos los versículos que sabía sobre el dolor y la pérdida volaron de mi corazón a mi mente; pero, de algún modo, todos parecían ser insuficientes en cuanto a lo que quería comunicarles a Susan y a Craig. Incluso para los cristianos comprometidos, los versículos bíblicos muy ciertos y bien intencionados que se citan en mal momento pueden acabar sintiéndose como dardos religiosos lanzados al corazón, como estándares que en los momentos más oscuros son imposibles de cumplir. Nuestro dolor es casi tangible.

La verdad era que yo no sabía qué decir. La realidad era que no tenía ninguna respuesta para darles. Tuve que encarar el hecho de que, sin importar lo mucho que quisiera, no podía aliviar sus corazones dolidos. No había una manera humana para *arreglar* esto.

Caminos y ríos

Al día siguiente, mientras íbamos en el avión, yo continuaba pidiéndole a Dios que me diera una palabra de ánimo para la familia. Abrí mi Biblia y empecé a leer en Isaías 43:

“No temas, porque yo te redimí
te puse nombre, mío eres tú.
Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo;

A TRAVÉS DE LA TORMENTA

y si por los ríos, no te anegarán.
Cuando pases por el fuego, no te quemarás,
ni la llama arderá en ti.
Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel,
soy tu Salvador...
Porque a mis ojos fuiste de gran estima,
fuiste honorable, y yo te amé;
daré, pues, hombres por ti, y naciones por tu vida”.

(VERSÍCULOS 1 AL 4)

Cuando leí un poco más del capítulo, los versículos 18 y 19 captaron mi mirada y se grabaron en mi memoria.

No se acuerden de las cosas pasadas
ni consideren las cosas antiguas.
He aquí que yo hago una cosa nueva;
pronto surgirá.
¿No la conocerán?
Otra vez les haré un camino en el desierto,
y ríos en el sequedal. (RVA 2015)

Desierto y sequedal describían con exactitud este lugar horrible al que habían enviado a nuestra familia sin previo aviso. Sin embargo, Dios estaba diciendo que Él se encontraría con nosotros allí, que Él es el Dios del desierto y el sequedal tanto como el Dios del camino y del río.

Viajando a treinta mil pies entre el cielo y la tierra, me recliné en mi asiento, cerré mis ojos y empecé a interceder por Susan, Craig y sus tres hijos en el hospital, susurrando palabras que nunca olvidaré: “Señor, por favor, haz hoy un camino en el desierto y crea ríos en los sequedales para esta familia”. Yo sabía que todos ellos estaban atrapados en un torrente creciente de sufrimiento y dolor, y que los horribles *si hubiera* los abrumarían, así atravesar un fuego que parecía ser totalmente consumidor.

Mientras continuaba orando esas palabras de Isaías, una y otra

SENDAS DIOS HARÁ

vez, por ellos, una melodía sencilla y su letra empezaron a surgir de mi espíritu y, como era mi reacción usual, empecé a escribir las palabras y las notas en una hoja de papel con la rapidez con la que las recibía.

*Si camino en la soledad, me guiará
Agua en el desierto encontraré
La tierra pasará, su Palabra eterna es
Él hará algo nuevo hoy
Sendas Dios hará donde piensas que no hay
Él obra de maneras que no podemos entender
Él me guiará, a su lado estaré
Amor y fuerza me dará
Un camino hará donde no lo hay.¹*

Al ver las palabras en el bloc de notas, supe que Dios me había dado esta canción para compartirla con Craig y Susan, no para un público de miles, sino solo para dos, fluyendo de las palabras de su profeta eterno, pronunciando esperanza en una situación desesperada, llevando ánimo en la furia del temor. Sentía que Dios quería que les dijera que, a pesar todo el dolor horrible, Él no los había olvidado. Y que, incluso en su hora más oscura, Él estaba trabajando duro por ellos en maneras que no podían ver todavía, pero pronto serían notorias.

Yo sabía que habría días cuando Craig y Susan se sentirían solos y abrumados por la pérdida de su hermoso hijo de ocho años, especialmente después del funeral cuando todos se habrían ido a casa, de regreso a su rutina, y los dejaran a ellos con su tristeza. Yo quería darles algo a que aferrarse, la esperanza de un día más brillante, una canción para recordarles la fidelidad de Dios.

Aunque “Sendas Dios hará” fue escrita para una situación desesperada, nunca pensé que fuera una canción de *desesperanza*, sino de *declaración*. La letra no plantea una pregunta: “¿Puede

Dios hacer una senda?”, sino, más bien, una declaración: “Dios *hará* un camino”. Si Él es Dios, entonces tiene un camino, de hecho, *el camino*.

Ayer, hoy y siempre

¿Ha sufrido la muerte repentina o trágica de un ser querido?

¿Está atravesando un divorcio? ¿O empezando a ir por el camino doloroso de uno?

¿Usted o alguien que ama ha recibido malas noticias de parte de un doctor?

¿Ha perdido un empleo o ha sido sacado de su carrera?

¿Está teniendo pensamientos suicidas que creyó que nunca tendría?

¿Está experimentando sentimientos de traición, soledad, amargura, ansiedad o depresión?

¿Está preocupado y estresado?

¿Quizá ha sufrido injusticia en manos de alguien más? ¿O por mano propia, a través de adicciones o autodestrucción de algún tipo?

Si su respuesta a cualquiera o a muchas de estas preguntas es sí, aunque usted podría *sentir* que Dios lo ha abandonado y olvidado, quiero recordarle, o decirle por primera vez, que Él no lo ha hecho. No lo ha hecho, amigo. Ésta es su nueva verdad, su realidad y una buena noticia:

Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desamparará; no temas ni te intimides. (Deuteronomio 31:8)

Esta no es una promesa hecha por cualquier deidad, sino por Aquel que dice que Él formó el mundo y su ser como su creador, quien lo diseñó en el vientre de su madre, tal como lo dice claramente el Salmo 139.

SENDAS DIOS HARÁ

Isaías 49:16 nos dice que Dios lo tiene inscrito a usted en la palma de su mano. Por eso, exactamente, creo que incluso en este momento, Él está trabajando en maneras que usted no puede ver para traerle esperanza y sanidad. Sé que Dios lo hizo por mis familiares, los Phelps. Él lo ha hecho por nuestra familia de siete personas muchas, muchas veces.

Él sabe dónde ha estado usted porque Él es el Dios del pasado.

Sabe dónde está usted hoy y lo que está sintiendo porque Él es el Dios del presente.

Él sabe lo que depara el mañana porque Él es el Dios del futuro.

Por todas estas razones, usted puede confiar en Él, aunque no lo haya hecho antes, o lo hizo una vez y luego dejó de hacerlo o solo necesita un nuevo recordatorio.

Territorio inexplorado

Hace años, estaba sentado en el estudio del pastor de una iglesia pequeña, justo en las afueras de Dallas, Texas. Había sido invitado allí para cantar un domingo por la mañana y estaba teniendo unos momentos de quietud, a solas, mientras esperaba que el servicio empezara. Mis ojos se fijaron en un cuadro que el pastor tenía sobre la pared. La pintura era de un antiguo velero de madera siendo lanzado de un lado a otro en un mar tormentoso. La inscripción bajo la pintura decía:

Los que descienden al mar en naves,
Y hacen negocio en las muchas aguas,
Ellos han visto las obras de Jehová,
Y sus maravillas en las profundidades.

(SALMO 107:23-24)

De inmediato, la conexión de las palabras de ese pasaje poderoso con la pintura me capturó e intrigó. Aunque había leído este

A TRAVÉS DE LA TORMENTA

salmo en incontables ocasiones a lo largo de los años, era como si estuviera viendo la Escritura por primera vez. Lo que el artista plasmó aunado con las palabras del salmista creó arte para mi alma.

¿Qué quiso decir el escritor con “descienden al mar en naves” y “hacen negocio en las muchas aguas”? Al principio, la oración me parecía como una aventura maravillosa. Yo no solo quería ver “las obras de Jehová y sus maravillas en las profundidades”, sino que quería experimentarlas personalmente. No solo escuchar historias del recorrido de alguien más, sino conocer de primera mano cómo sería la vida en la cubierta de ese gran barco”.

A partir de esa experiencia, el Salmo 107:23–24 se convirtió en uno de mis pasajes favoritos en la Palabra de Dios. Sin embargo, no me di cuenta en el momento de que, para que yo pudiera comprender completamente el significado profundo, también tendría que experimentar los versículos que le seguían. Para experimentar la vida en esa nave, yo también tenía que estar en el mar tormentoso.

Porque habló, e hizo levantar un viento tempestuoso,
Que encrespa sus ondas.
Suben a los cielos, descienden a los abismos;
Sus almas se derriten con el mal.
Tiemblan y titubean como ebrios,
Y toda su ciencia es inútil.
Entonces claman a Jehová en su angustia,
Y los libra de sus aflicciones.
Cambia la tempestad en sosiego,
Y se apaciguan sus ondas.
Luego se alegran, porque se apaciguaron;
Y así los guía al puerto que deseaban.
Alaben la misericordia de Jehová,
Y sus maravillas para con los hijos de los hombres.

(SALMO 107:25–31)

SENDAS DIOS HARÁ

El resumen de los medios sociales dice así: “Para ver las obras del Señor y sus maravillas en la profundidad, tendrá que encontrarse con grandes tormentas”.

El artista que creó la pintura no presentó un barco navegando suavemente a través de las aguas tranquilas en un día soleado. No. El barco navegaba en aguas peligrosas y, en el trasfondo, estaba un cielo brutal.

¿No es fascinante que oramos diariamente solo por días pacíficos y de cielo azul en nuestra vida, mientras que las épocas de tormenta son donde el crecimiento y la madurez nos aguarda?

El Salmo 107 nos recuerda que en la vida hay tres tipos de personas:

- Los que están por entrar a una tormenta
- Los que están en medio de una tormenta
- Los que acaban de salir de una tormenta

Ahora mismo, cada uno de nosotros cabe en una de estas categorías. Debido a que es una verdad universal, tenemos que recordarnos constantemente que cuando atravesamos una crisis, no significa que Dios nos haya abandonado. Observe el versículo 25, no fue el diablo el que provocó esta tormenta, sino el Señor. “Porque habló [Dios], e hizo levantar un viento tempestuoso”.

Muchas veces, cuando atravesamos pruebas, asumimos que (1) Dios está enojado con nosotros porque hemos tomado una decisión equivocada y que estamos sufriendo las consecuencias; o, que (2) Dios nos ha abandonado y que estamos recibiendo ataques. Le preguntamos a Dios, “¿Qué hice mal? ¿En qué parte no te entendí?”.

Frecuentemente, Él responde esas preguntas diciendo: “Nada. No lo hiciste”.

La decisión de seguir a Cristo definitivamente no incluye una garantía de que todo, siempre, va a salir como queremos y que tendremos un recorrido suave y tranquilo en el mar a lo largo

A TRAVÉS DE LA TORMENTA

de nuestra vida. Aunque esto podría parecer maravilloso, es una manera errónea de pensar y muy sencillamente irreal. De hecho, andar de cerca con Jesús en esta cultura crea más tormentas!

Cristo dijo: “Yo les he dicho estas cosas para que en mí hallen paz. En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡ánimense! Yo he vencido al mundo” (Juan 16:33, NVI). No se nos puede pasar por alto, aunque Jesús sí prometió su paz, Él dijo firmemente que también tendríamos problemas. De hecho, sin los problemas ¿cómo podríamos saber que estamos experimentando su paz? Las promesas como estas en la Escritura no son que viviremos libres de tormentas, sino, más bien, se tratan de lo que Dios hará *en* los tiempos difíciles y *después* de ellos.

Dios siempre usa lo que hemos vivido, así como por lo que estamos pasando, para hacer que todo obre para nuestro bien. El autor y pastor Max Lucado parafraseó Génesis 50:20: “En las manos de Dios, lo que se intentó para mal, se vuelve en bueno al final”. Hablando de la vida de José, Lucado dijo:

Nada en la historia del Antiguo Testamento disimula la presencia del mal. Las manchas de sangre y de lágrimas están por todas partes. El corazón de José fue restregado en las rocas de la deslealtad y la justicia fracasada. Sin embargo, una y otra vez, Dios redimió el dolor. La túnica rasgada se convirtió en una túnica real. El pozo, en un palacio. La familia rota, envejeció unida. Los actos mismos que intentaban destruir al siervo de Dios terminaron fortaleciéndolo. “Ustedes querían hacerme daño”, dijo José a sus hermanos, usando un verbo hebreo que significa tejer. “Ustedes tejieron mal”, decía “pero Dios lo tejió de nuevo para el bien”. Dios, el Maestro tejedor. Él estira el hilo, entreteje los colores. Nada escapa a su alcance.²

A veces, el Señor nos lleva justo al centro de una tempestad. Piense con cuánta frecuencia Jesús, en los evangelios, siempre siguiendo perfectamente la voluntad de Dios, encontraba todo

tipo de conflictos y confrontaciones. Raras veces era Él quien las instigaba; la mayoría lo encontraban a Él. En Juan 7:1, leemos que los fariseos “buscaban la oportunidad para matarlo” (NVI).

Cuando Jesús entró a la barca con sus discípulos y dijo: “Vamos a la otra orilla”, Él sabía perfectamente bien que iban a encontrarse con una tormenta. Así que decidió que era un buen momento para tomar una siesta. A medida que el cielo iba oscureciéndose, y que las olas chocaban con la pequeña barca, llenos de pánico, los discípulos despertaron a Jesús. Le preguntaron: “Maestro, ¿no te importa que nos ahogemos?” No hay nada como un poco de manipulación con un toque de culpa por parte de sus amigos, ¿verdad? Cristo se levantó y dijo solo dos palabras: “¡Silencio! ¡Cálmate!”. De inmediato, los cielos se abrieron, el viento cesó y el agua se calmó. Caso cerrado (Marcos 4:35–39).

En la tormenta que está atravesando en este momento, ¿se ha hallado a sí mismo exigiendo: “¿Dios, a ti no te importa lo que estoy viviendo?”, tal como lo hicieron los discípulos? O, incluso si no se permite reconocer la existencia de Dios, ¿está culpando por sus problemas a una fuerza externa desconocida? ¿Qué pasaría si en vez de entrar en pánico o en cólera o en orgullo, invitara humildemente a Jesús para que le hable a su tormenta y diga: “¡Silencio! ¡Cálmate!”?

Después de todo, la verdadera pregunta no es si Él puede *calmar su tormenta*, sino si usted lo *invitará a Él a entrar en su barca*.

Incluso, cuando Dios interviene a nuestro favor, muchas veces nos volvemos cínicos e inquisitivos porque nos preguntamos por qué se tardó tanto. Sin embargo, la mayor parte del tiempo, el verdadero tropiezo era que nosotros, simplemente, no dábamos lugar a que Él trabajara hasta que la vida se volvió desesperante. He oído decir que “para permanecer en la voluntad de Dios, tenemos que mantenernos fuera de su camino”. Hay tanto de lo que culpamos

a Dios que es solamente nuestra propia necesidad lo que bloquea el camino a nuestra liberación.

¿Supone que los discípulos tenían un mejor entendimiento de Cristo y de su propia fe después del encuentro sobre el agua? Aunque sean aterradoras y difíciles de atravesar, las tormentas ofrecen oportunidades de transformación. Pueden cambiarnos y hacernos más fuertes. Ese es el propósito de Dios para ellas. Como un Padre amoroso, Dios no aparece solo para mover nuestras barcas. Él tiene un plan maestro para que suceda algo transformador cuando las personas están desesperadas y “en su angustia claman al Señor” (Salmo 107:27-28). Cuando admitimos finalmente ante Dios: “me he quedado sin respuestas, no sé a dónde ir, estoy al final de la cuerda, mis recursos se han agotado, y todo lo que he intentado ha fracasado”, Él entra a nuestra tormenta con su paz.

**LA VERDADERA
PREGUNTA NO
ES SI ÉL PUEDE
*CALMAR SU
TORMENTA,*
SINO SI USTED
LO INVITARÁ A
*ÉL A ENTRAR
EN SU BARCA.***

“Fuiste honorable”

Después del funeral de Jeremy, tuve el privilegio de tocar el piano y compartir “Sendas Dios hará” con Craig y Susan. Este fue un momento muy privado y providencial para todos nosotros. Tal como habíamos orado tan desesperadamente, Dios nos trajo su paz en nuestra tormenta como solo Él puede darla a través de su Consolador.

Como era de esperarse, durante muchos meses Craig y Susan lidiaron con el dolor de la muerte de Jeremy e hicieron preguntas muy humanas: “Dios, ¿por qué? ¿Por qué a nosotros? ¿Por qué él?”. Ellos estaban literalmente viviendo el Salmo 107 en su

SENDAS DIOS HARÁ

sufrimiento y tristeza, “como ebrios tropezaban, se tambaleaban”. Sin embargo, Dios escuchó su clamor. Les dio gracia cuando ellos lo cuestionaban. Con el tiempo, Él calmó la tormenta, y las olas del mar empezaron a quietarse. A medida que buscaban al Señor por fortaleza y apoyo, los Phelps pudieron “ver las obras del Señor y sus maravillas en la profundidad”.

A través de los años, Craig y Susan han tenido muchas oportunidades para compartir su historia con otras personas, convirtiendo su congoja en ayuda para otras familias, ofreciendo ánimo para quienes han perdido la esperanza después de atravesar la muerte trágica de un ser querido. Ya que han compartido con miles de personas en todo el mundo la manera en que Dios les hizo una senda, ellos creen verdaderamente que Jeremy ha alcanzado a más personas a través de su muerte que las que hubiera podido alcanzar a lo largo de su vida. Qué declaración tan difícil pero poderosa para los padres. Sin embargo, su perspectiva no es de este mundo, sino del reino celestial donde ellos y su hijo residen.

Las siguientes palabras, de Isaías 43:4, están grabadas en la lápida de Jeremy:

Porque a mis ojos fuiste de gran estima,
fuiste honorable,
y yo te amé;
daré, pues, hombres por ti,
y naciones por tu vida.

¿Qué de usted? ¿Está preparado para la paz, para algo de quietud en su tormenta? ¿Está listo para encontrar un propósito verdadero y duradero y convertirse en parte de un plan mucho mayor?

Independientemente de lo que necesite, Dios hará una senda. Usted puede descubrir la esperanza del Señor en su historia.